

EL LEGADO DE LOS VENERABLES

EL REINO DE LOS MIL NOMBRES I

La trilogía que te llevará al centro de la Tierra



MÓNICA MARTÍN MANSO

En su lecho de muerte, Salvatore Minako encarga a su nieta que lleve un misterioso cofre, con una imagen y una inscripción escrita en una extraña lengua a Theodore Langford, un hombre que reside en el Reino de Irlanda. Nekara Minako se ve obligada a cruzar la Gran Bretaña de mediación del siglo XVIII para cumplir la última voluntad de su abuelo.

La travesía se vuelve un camino duro y arduo que le revelará quién es realmente y de qué legendaria civilización desciende, adoctrinándola en las Siete Virtudes, para que pueda acometer su grandioso destino; librar a su pueblo de la sangrienta invasión y la dramática era negra en que lo ha sumido la Hermandad Oscura, el ejército al mando de los Demontres y sus cincuenta legiones de quebrantahuesos

Una obra de misterio, leyenda y fantasía épica, que te descubrirá el mito de las civilizaciones y los continentes perdidos de una manera que nunca hubieras imaginado. Mu, Lemuria, la Atlántica, Hiperbórea, la Isla de las 25 Tribus... ¿Y si todos estos pueblos legendarios y anclados en la tradición desde tiempos remotos hubieran sobrevivido y hubieran fundado un misterioso reino en el interior de la Tierra?

«Desde los siete océanos de color,
desde las siete montañas de fuego,
desde los siete bosques de oro,
llega la leyenda de la Ciudad de los
Mil Nombres».

(Torkom Saraydarian)

CAPÍTULO 1

«Los cobardes mueren muchas veces antes de su verdadera muerte, los valientes gustan la muerte solo una vez».

(William Shakespeare)

Londres, Inglaterra.

Los accesos de tos eran cada vez más acusados y la muerte había desdibujado ya las suaves facciones de su envejecido rostro. La piel se adhería al cráneo y se reducía a simples arrugas a la luz blanca de las lamparillas de aceite que iluminaban la habitación. Solo el altísimo podía saber cuánto tiempo le quedaba de vida pero, incluso apurando las esperanzas más alentadoras, no era mucho. El fin era cuestión de unos pocos días, o incluso de unas pocas horas.

Su nieta, Nekara, había estado al cabecero de la cama, velando por la extrema delicadeza de su estado, todos y cada uno de los días desde que Salvatore Minako permanecía postrado en ella, aquejado de una severa neumonía que lo consumía a pasos agigantados y que finalmente iba a acabar con sus imbatibles ciento dos años. El anciano era víctima, en definitiva, de un mal incurable. Un mal contra el que no podía luchar y salir invicto: la vejez.

La estancia estaba sumida en una tenue penumbra, dejando apenas intuir el contorno de las cosas cuando el médico se giró y negó en riguroso silencio con la cabeza. Nekara rompió a llorar contemplando impotente como el

pecho del anciano se convulsionaba compulsivamente debajo de la colcha.

—Princesa... —se alzó en esos momentos la voz del señor Minako.

—Dime, abuelo —dijo Nekara, diligentemente.

—Ven, acércate.

Nekara se aproximó a la cama donde yacía el cuerpo de su abuelo, terminó de apartar el pesado dosel y se reclinó despacio y sin hacer ruido en uno de los lados. Le pasó los dedos por el pelo blanco y sudoroso. Él alargó su mano sarmentosa por encima de las sábanas hasta alcanzar la de Nekara, que la tomó entre las suyas y la aferró con fuerza. Se estremeció bajo el elegante vestido de tafetán que llevaba puesto cuando advirtió horrorizada que su abuelo tenía los dedos helados. Aquel era sin asomo de duda el frío tacto de la muerte, tan impávido como terrible. Le acarició la apergaminada piel con suavidad y se dispuso a prestar atención a sus palabras.

—Dime —repitió, limpiándose las lágrimas que le cubrían el rostro.

—Escúchame... atentamente, princesa.

La voz del hombre salía en suspiros roncós y sonaba debilitada bajo el enorme esfuerzo por hacerse entender. Tenía la frente perlada de sudor y los labios resecaos por la altísima fiebre que lo azotaba sin clemencia desde hacía una semana y que lo situaba a ratos en el umbral de la muerte. La respiración era tan pausada de pronto que resultaba imperceptible.

—Doctor, si es tan amable de dejarme... a solas con mi nieta —ordenó.

El médico asintió con un servilismo mudo y salió de la habitación sin decir nada, cerrando cuidadosamente la puerta a su paso. Tan pronto como desapareció detrás de ella, Salvatore Minako volvió a tomar la palabra.

—Nekara... —comenzó a decir, mirándola con atención —, la hora de mi muerte ha llegado ya. El descanso eterno

que tanto ansío no se va a retrasar mucho más...

—Abuelo, no...

—Escúchame —la interrumpió—. Detrás del tapiz de *Thangka Kalachakra* de la biblioteca hay... hay una caja de seguridad. —Una fuerte punzada de dolor en el pecho le cortó la respiración. Cerró los ojos. Cuando recuperó poco a poco el aliento con un sonido raspante, continuó—: En ella encontrarás un pequeño cofre de madera de color negro. Debes llevarlo al Reino de Irlanda...

—¿Al Reino de Irlanda? —repitió Nekara, extrañada.

—Sí, a Newcastle, en el norte, y entregárselo a un hombre llamado Theodore Langford. —La tos ahogó la frase—. Nekara, tienes que buscarlo y entregarle el cofre. Es muy importante que él lo tenga.

—Sí, abuelo, sí. Se lo haré llegar. Te lo prometo por mi propia vida.

La voz de Nekara se angustiaba al percibir la mortificación del anciano. La respiración de Salvatore Minako comenzó a acelerarse, haciéndose trabajosa, Nekara se inclinó sobre él y le humedeció la frente enfebrecida con un pañuelo.

—¿Pero dónde está ese hombre, abuelo?

El anciano suspiró entrecortadamente y fijó los ojos negros en su nieta. Su mirada estaba llena sabiduría y experiencia.

—En el Condado de Down, en las tierras bajas del Reino de Irlanda... En Newcastle hay una pequeña fortificación... sobre un acantilado... —Las palabras se hacían cada vez más confusas—. Allí... allí...

Las fuerzas parecían abandonarlo por momentos en una carrera contrarreloj que no tenía freno. Nekara tomó de la mesilla de noche un vaso y le dio un pequeño sorbo de agua que le aclaró la garganta.

—Continúa, abuelo —le instó, acariciándole la mejilla.

—Se lo tienes que entregar a Theodore Langford. Nadie puede ver su contenido, ni siquiera tú, princesa... solo él...

solo él... —indicaba, haciendo de vez en cuando una pausa para recuperar el aliento—. No debes abrirlo bajo ningún motivo, ni dejar que otros lo hagan... Y recuerda... El canto de las hojas te llevará a la Tierra de las Maravillas... —El anciano luchaba por hacerse entender mientras boqueaba los últimos hálitos de vida—. Te quiero, princesa...

Salvatore Minako espiró un último aliento con aquellas palabras delirantes prendidas en los labios, al tiempo que una convulsión atravesaba su torso tensando la musculación como la cuerda de una guitarra. Sus rasgados e intensos ojos negros se clavaron en los de Nekara con una mirada larga y penetrante. Su mandíbula se aflojó, de pronto. Después todo se oscureció para él.

—¿Abuelo? —sollozó angustiada Nekara—. ¿Abuelo?

El silencio entre las cuatro paredes de la habitación se volvió ensordecedor.

—¡No, abuelo! No me dejes aquí sola... Por favor... — Nekara se abalanzó sobre el cuerpo inerte del anciano y lo abrazó, dejando que el dolor por su pérdida se desahogara en un largo e interminable llanto.

Nekara solo contaba con unos tiernos veinte años y desde que alcanzaba a tener uso de razón siempre había estado a cargo de su abuelo. Salvatore Minako se hizo responsable de la pequeña cuando su hija falleció tres años después de darle la vida, víctima de una extraña enfermedad. Nekara apenas se acordaba de su madre, no conseguía anclar en su memoria recuerdos que pertenecieran a ella. El tiempo los había ido desvaneciendo sensiblemente, aunque sabía que era hermosísima por los retratos que ocupaban las paredes del aristocrático despacho de su abuelo.

Tenía unos rasgos elegantes y sofisticados. Las líneas faciales puras y finas formaban el rostro debajo de una piel de porcelana y unos preciosos ojos negros y rasgados de párpados pesados y larguísimas pestañas, que le daban un aire extraordinariamente exótico en la monótona Inglaterra de mediados del siglo XVIII. Pero nada comparable a la inu-

sual belleza de la que era dueña Nekara Minako. A las hermosas cualidades físicas de su madre, a quien se parecía de modo sorprendente, había que sumar, para maravilloso asombro de la genética, que Nekara tenía el cabello de una tonalidad rubio dorado y unos clarísimos ojos de color turquesa capaces de embelesar a quienes la miraban. Era evidente que su singular belleza despertaba una enorme admiración en los hombres de la época.

Contaba con una legión de pretendientes de cuna noble y distinguida, un número incalculable de postulantes a marido que, sin embargo, ella desechaba a pares. Con galante indiferencia rechazaba sus ostentosas atenciones y presentes, pues a sus ojos solo eran caballeros pomposos que no poseían ningún atractivo. Hombres insípidos cuya única ambición en la vida era coleccionar títulos nobiliarios, riquezas que acompañaran a sus supuestas hidalguías, mujeres bonitas y, en su caso concreto, una suculenta dote que reforzara sus múltiples pretensiones de poder y una no menos beneficiosa fuente de ingresos como nieta y heredera legal y universal de Salvatore Minako, uno de los hombres más acaudalados de Londres.

Su abuelo jamás había dado la venia ni el consentimiento para que la niña de sus ojos cayera en manos de un pseudo señor con irritantes y desproporcionados aires de dios, sin al menos tener la humildad como virtud, solo porque en la época se practicaran los matrimonios por conveniencia y su nieta significara un buen partido. Casarla, y menos por interés, era definitivamente lo último en lo que pensaba. Y aquel pensamiento parecía inamovible.

El sepelio de Salvatore Minako fue sobrio y digno. Personalidades ilustres de todos los rincones de Inglaterra hincharon la solemne procesión detrás del féretro aquella gris y fría mañana, formando un largo cortejo hasta llegar final-

mente a la iglesia prioral de San Bartolomé el Grande, donde le presentaron sus últimos respetos.

A la luz oscilante de los cirios rojos que presidían el templo, Nekara saludaba en un educado silencio y con una ligera inclinación de cabeza a todas las personas que habían acudido a darle el pésame y expresarle unas palabras de condolencia, y lloró la muerte de su anciano abuelo arrodillada mientras escuchaba el mensaje bíblico del Salmo 90 que leía el sacerdote, elegantísima con su vestido de organdí negro, sin rastro de maquillaje en el rostro ni abalorio alguno que enmascarara su impecable belleza natural.

La noche se abatió sobre Londres de forma rápida e imparable. La oscuridad tomó las calles de la ciudad con precipitación, asediada por una niebla húmeda y ociosa que engullía los edificios y monumentos con una extraña avidez. A las nueve, las agujas del reloj parecían haber invertido su sentido de manera cíclica, pues Nekara no las veía girar por la esfera a un ritmo normal, y el tic tac del péndulo era tortuoso en el fondo de los oídos. El tiempo había adquirido una dimensión diferente, como si estuviera extrañamente suspendido en la nada desde la muerte de su abuelo.

Echada encima de la cama de cuatro columnas, con las lágrimas empapando la pálida piel de las mejillas, la imagen desgastada de su abuelo flotaba delante de sus ojos de un lado a otro como una masa gelatinosa. El sueño no tenía ninguna prisa por reclamarla. Se incorporó, recorrió el dosel y se sentó apesadumbrada en el borde del colchón. La cabeza le daba vueltas. Entre tanto giro mental, un nombre resplandeció en su mente como un destello dorado en mitad de las sombras que invadían la habitación: Theodore Langford.

«¿Quién será?», se preguntó.

A lo largo de esas horas de duermevela había tejido dentro de su cerebro una imagen vívida y casi palpable de él, a pesar de no tener ningún dato real ni teórico de su persona. Se levantó, lanzó un suspiro al aire y enderezó los hombros.

Era un ser autómatas cuando se dirigió hacia la puerta de su habitación y de forma mecánica tomó el pomo de bronce entre los dedos, lo hizo girar y abandonó el dormitorio envuelta en un aura de curiosidad que se había despertado con ese extraño nombre susurrado en silencio. Decidida y con actitud terminante, enfiló el ancho pasillo que se extendía ante ella hasta llegar a la biblioteca. Su larguísima melena rubia caía ligeramente ondulada sobre la espalda mientras la delicada tela del camisón color marfil se mecía tras ella por efecto de la brisa y bajo la seguridad de sus pasos, cuyo sonido absorbía el enmoquetado que revestía el suelo. Al llegar, entró cautelosamente y encendió algunas lamparillas de aceite para llenar de luz el espacio, deshaciendo la fantasmagórica claridad que entraba en ángulo recto desde la calle. De inmediato, un agradable resplandor anaranjado iluminó los lomos de los centenares de libros que atesoraban siglos de conocimiento y que fueron surgiendo poco a poco de la oscuridad como un tesoro.

La estancia, situada en la segunda planta y construida en forma de pentágono, era enorme. La ilustre biblioteca de Salvatore Minako tenía fama de ser una de las mejores de Londres. Quizá, con toda probabilidad, lo fuera. Más de seis mil volúmenes de incalculable valor alguno de ellos y con muchos siglos de antigüedad, llenaban las altísimas estanterías que ocupaban sus espléndidos muros formando un asombroso universo de libros.

La colección que constituían los centenares de tomos contenía obras sobre muy diversas materias y en varios idiomas, que iban desde el griego micénico hasta el chuang. *Las tragedias* de Shakespeare, el mayor dramaturgo de todos los tiempos, o los volúmenes con más renom-

bre de los británicos Geoffrey Chaucer, Thomas Malory o John Milton formaban parte del compendio de sabiduría que se respiraba en la solemnidad del ambiente. *Don Quijote de la Mancha*, encuadernado con papel vitela en una edición de lujo en cuatro tomos de proporciones exageradas, ostentaba un lugar privilegiado en una vitrina de cristal dentro de aquella museística cripta, al lado de algunos lujosos incunables como el *Manipulus curatorum* de Guido de Monte Rogerio, y compartía devotamente espacio con fragmentos antiquísimos de las magníficas colecciones de pensadores griegos como Tales de Mileto, Anaxímenes, o los célebres Sócrates, Platón y Aristóteles. Epicúreos, escépticos, cínicos, peripatéticos y estoicos llenaban de cuestiones éticas y problemas del conocimiento la filosofía helenística que leía todas las noches Salvatore Minako. Sin ningún atisbo de duda, aquel rincón de la casa era su preferido. Una costumbre convertida en retiro privado y casi espiritual al caer el crepúsculo, que no cambiaba absolutamente por nada que le pudiera ofrecer el mundo. Una exquisita y antediluviana mesa de roble, tallada con elaborados motivos florales, se situaba en el centro de la biblioteca. Sobre ella descansaban diversas monografías pulcramente apiladas con la vida de Siddharta Gautama, el padre del budismo, y otros ejemplares que recogían varias de las más importantes filosofías orientales. La causa-efecto entre todo lo que se hace y todo lo que se recibe fascinaba al señor Minako, con independencia del interés inherente que le producía la ciencia ligada a los ancestrales orígenes de la familia.

Por las amplias ventanas que dominaban la pared que daba al este y desde las que se podía ver el jardín que rodeaba la construcción, Nekara contempló la penumbra grisácea con la que la niebla teñía y ensuciaba la noche londinense y la luna emergente que resplandecía con apuro tras ella. Seguidamente adoptó un semblante meditabundo en el rostro y cruzó la larga sala en dirección al viejo tapiz de

Thangka Kalachakm, situado a en la zona privada, al fondo de la biblioteca.

Cuando llegó hasta él, se detuvo y, disfrutando del silencio que reinaba en la estancia, lo miró durante un instante. Sentía una extraña devoción por aquella pintura de colores extremadamente audaces, tan intensa que vibraba. Los pigmentos eran tan vividos que parecían siempre estar recién pintados. Cada vez que la observaba descubría nuevos detalles en ella, como si no fuera completamente estática sobre la seda en la que se había pintado y se regenerara poco a poco de modo imperceptible. Pero no era un simple tapiz o bandera. Para los budistas, aquellas pinturas y bordados de carácter eminentemente religioso, como la que presidía la inmensa biblioteca de Salvatore Minako — que solían colgarse en altares familiares o monasterios—, eran considerados importantes herramientas de enseñanza. Su colorido y su extraordinaria belleza, aparte de estimular visualmente del modo que lo hacía, se interpretaban como manifestaciones de energías iluminadas. Y era precisamente así porque mostraban escenas de la vida de Buda, de algún Dalái Lama, o de los Bodhisattvas, esos seres embarcados en la búsqueda del conocimiento supremo. Su abuelo había apuntado deliberadamente que eran iconos similares al símbolo de la cruz en la religión cristiana y que un tema extendido entre los *Thangka*, *Tangka*, *Thanka* o *Tanka* como también podía llamarse, era La rueda de la vida, la representación de las enseñanzas del *Abhidharma* o *Arte de la Iluminación*; el manuscrito sagrado que recoge las prácticas meditativas más antiguas de la tradición tibetana.

Nekara alargó el brazo con gesto reverencial y tiró del *Thangka Kalachakra* para sí cuando lo tuvo de frente. Detrás de aquel tesoro sin memoria apareció la caja de seguridad que había mencionado su abuelo. La echó un vistazo apresurado. No tenía ninguna combinación, así que la abrió sin mayor dificultad accionando la puerta con los dedos y sacó de su interior el pequeño cofre de madera.

Durante unos segundos lo sostuvo entre las manos, sopeándolo, y lo observó detenidamente, como si fuera un animal exótico. Estaba fascinada. Era un objeto ligero y soberbio, de aspecto artesanal y trabajado de manera exquisita. Lo llevó hasta la vieja y sólida mesa y lo apoyó con cuidado en ella. Extendió la mano reverencialmente y la pasó por la superficie. Las yemas palparon las minúsculas imperfecciones que poseía el acabado de la madera como si estuvieran descifrando un importante mensaje en Braille. Los dedos siguieron la línea que delimitaba su contorno hasta que se toparon con un complejo cierre metálico en el centro, encargado de sellar ambas partes. Clavó el turquesa casi cristalino de sus ojos en él. La tentación asomó a las manos, de repente. No podía abrirlo, sin embargo. Su abuelo le había advertido de ello con la voz mortificada y ella tenía la obligación ética de respetarlo. No lo conseguiría aunque hiciera el intento. El paso del tiempo había oxidado el candado convirtiendo el metal en una masa informe e imprecisa, inservible excepto para la misión de preservar su contenido a ojos indiscretos para toda la eternidad. Elevó la mirada lánguidamente y volvió a contemplar los magníficos trazos del *Thangka Kalachakra*.

En la planta baja de la inmensa casa, la vieja Minea, nodriza de Nekara y fiel ama de llaves desde los tiempos en que la familia Minako se había trasladado a vivir a Londres, escuchó el ruido de la puerta de la biblioteca al abrirla, e intuyendo que Nekara se habría desvelado, subió para hacerla compañía.

Con dos discretísimos toques de nudillos, llamó.

—Adelante, nana —dijo Nekara, adivinando la presencia de Minea.

—Mi niña, ¿cómo te encuentras?

—No puedo dormir —se limitó a responder únicamente. El ama de llaves se acercó a ella, la abrazó y le besó la

frente. Las lágrimas afluyeron en avalancha a los ojos de Nekara.

—Te traeré un poco de leche caliente. Eso te ayudará a conciliar el sueño.

Para cuando Nekara quiso darse cuenta, Minea se había desvanecido por la puerta. Apareció al poco rato con un gran vaso de leche colocado metódicamente junto a unas pastas de té en una pequeña bandejita de madera. Nekara apenas dio un sorbo. La tristeza había hecho nudos en su estómago.

—Nana, ¿te suena el nombre de Theodore Langford? —preguntó de pronto Nekara.

Minea le dirigió una mirada atenta con sus grandes ojos color café.

—No, mi niña, ¿por qué?

Nekara hizo un gesto con la cabeza hacia el pequeño baúl que descansaba encima de la mesa y dijo:

—Tengo que hacerle llegar este cofre. —Lo afirmó pensativa, echando las palabras al aire. Al rato exhaló un profundo suspiro.

—¿Adónde? —preguntó Minea con voz extrañada.

—A Newcastle, en el Condado de Down, en el Reino de Irlanda —respondió Nekara.

Una densa nube de preocupación cruzó súbitamente el rostro ajado del ama de llaves.

—No puedes embarcarte en un viaje tan largo y menos con el clima que tenemos. Desde hace semanas llueve sin cesar, los caminos se han vuelto intransitables, los campos están anegados por el agua y las comunicaciones entre las ciudades son casi imposibles. Y por si eso no bastara, el intensísimo frío se ha cobrado ya más de una docena de vidas. Es una locura —apuntó apresuradamente Minea, con visible inquietud en el tono de voz.

—Tengo que hacerlo, nana.

La mujer se sorprendió ante su rotunda afirmación, pero insistió.

—Hay lugares por los que no pueden pasar ni siquiera los caballos. Los lodazales cubren hectáreas y hectáreas de suelo debido a las fuertes tormentas que están azotando el país. El otoño ha venido como un invierno y está devastando toda Gran Bretaña. Ha arruinado los campos y los cultivos están podridos.

Nekara meditó sobre ello unos segundos antes de responder, sopesando el alcance de la situación con detenimiento. Quizá fuera una imprudencia, pero tenía que intentarlo.

—Iré a pie si es necesario, pero tengo que llevar este cofre a Theodore Langford —repuso en tono persuasivo—. Fue la última voluntad de mi abuelo y las últimas voluntades de los difuntos han de cumplirse para que descansen en paz. Además, estaba muy angustiado cuando me lo pidió. —Hizo una pausa que aprovechó para pasar de nuevo suavemente la mano por el contorno de la madera. De pronto sintió que aquel cofre ejercía un extraño poder sobre ella. Parecía estar cargado de energía, atrayéndola inexplicablemente hacia él. Dejó de acariciarlo en seco, después levantó la mano y continuó hablando—: El interior de este pequeño cofre contiene algo de suma importancia y, cómo sea, tiene que llegar sano y salvo a su destinatario.

—Es muy peligroso, mi niña... —dijo el ama de llaves, moviendo la cabeza pesadamente y negando para sí con mucha seriedad. Nekara le sostuvo la mirada mientras observaba su rostro.

—Lo sé. Por eso mismo intuyo que lo que guarda dentro es importante, muy importante, sino mi abuelo no me expondría a un peligro de tal magnitud, de no ser por algo esencialmente vital.

Minea, con expresión afligida, le acarició las mejillas de porcelana. Nekara tomó sus manos entre las suyas y las aferró con fuerza.

—Todo va a estar bien, nana. Ya no soy una niña. Sabré arreglármelas sola. —Sonrió, impregnando el ademán de